

# Nº49 ABRIL 2026

Yo vi las puertas del infierno más temible  
y escuchaba las celebraciones a lo lejos.  
Yo oculté siempre mi tesoro primordial  
para que bestias y alimañas no lo profanaran.  
Perdón, perdón por mi tristeza recurrente.  
Por mi naufragio tal vez desmesurado.

**Damian Andreñuk**



**Leticia**

**VALLS**

**CUENTOS**

## EN ESTE NÚMERO

Lucía Oliván  
Santaliestra  
Ponerse en camino  
Alberto Albés Pérez  
Ariela de Campoamor  
Antonio Cano Lax  
Eloy Calvo Pérez  
El Rincón de Cristiane  
Damián Andreñuk  
Zulma Martínez  
Daniela Morán

Jose Manuel Glez.  
Glez.

María Judith Parra  
Gómez

Descarga tu ejemplar en  
[Escritordaniel.es](http://Escritordaniel.es)

# Con Voz de Mujer

## Lucía Oliván

### Donde esté el alma



Anselmo contempló el pantano desde la ventana. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La frente le ardía.

En su cabeza se recortó la casa de piedra de sus padres, la silueta de su madre ordeñando las vacas, las ovejas arremolinadas esperando a que su padre las esquilara. Después siguieron las campanadas de la iglesia, el olor de los quesos de doña Matilde. Y el día de la decisión. Las protestas: *este es nuestro hogar*. Las grúas. El cemento con el que se construyó la presa y se sepultó el alma de todo un pueblo.

Les dieron casas más grandes en un sitio al que le pusieron el mismo nombre, pero que nunca fue igual. Él consiguió un

empleo.

Sus padres murieron.

Habían

pasado ya

más de cincuenta años y el desarraigo aún le dolía.

La temperatura le está subiendo, dijo la señora Mercedes. No obstante, una sensación de paz lo invadió. De repente, estaba en la cocina de su hogar. Su madre freía rosquillas mientras el agua rodeaba aquel pueblo fantasma. Sonrió. Allí se iba a quedar.

Su cuerpo, sin embargo, no abandonó el lecho en el que apareció sin vida al día siguiente.

Lucía Oliván Santaliestra

**Editorial PONERSE EN CAMINO**

Es una idea bastante clara y cierta que la generación boomer va a dejar un mundo peor a sus hijos que el que ellos recibieron. Es cierto que ellos no lo tuvieron fácil pero con trabajo y sacrificio pudieron acceder a los bienes materiales de una vida más que digna y aún sobrada en muchos casos de esos mismos bienes. Estaba casi todo por construir y ellos lo hicieron. En cambio, las generaciones subsiguientes se encontraron con lo material prácticamente dado desde sus inicios y se educaron en unos valores de vida que ignoran las conquistas de muchos siglos de cruentas luchas y víctimas por doquier.

Es difícil garantizar por sistema una distribución equitativa de los recursos y de la riqueza cuando lo que predomina es el mercado y sus intereses absolutistas de máxima rentabilidad. Por otro lado, la tecnología ha deparado el fin de muchos oficios y profesiones que antes daban sentido a la vida y de las cuales era posible vivir dignamente. En cambio ahora tenemos trabajadores a tiempo completo que deben acudir a la caridad y a los servicios sociales para llegar a fin de mes. Uno se acuerda de la frase de Groucho Marx: “Surgiendo de la nada, hemos alcanzado las más altas cotas de la miseria”.

Como el sistema no garantiza en ningún modo que por el hecho de nacer tengas tus necesidades cubiertas, lo decisivo entonces, como en casi todos los asuntos, es el factor humano y como nos concebimos a nosotros mismos de cara al esfuerzo por acceder a las oportunidades que da la vida y que muchas veces no están claras. Pero, como las meigas, Haberlas, haylas.

Así que se trata de ponerse en camino, definiéndonos en base a lo que estamos dispuestos a esforzarnos y sacrificarnos para llevar una vida digna acorde con nuestras pretensiones y posibilidades, y sin que haya verdaderas garantías de lograrlo ni de que eso suponga nuestra felicidad. Pero, sin ponerse en camino, entonces sí que es imposible lograr nada más allá de un precario marco de beneficencia.



*Dibujo del Editor por Cristiane Ventre.*

# Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº49 Abril 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Edición mensual de 32 páginas a todo color.

Precio: 8 euros en papel

**Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud.**

**Descargable en la web [escritordaniel.es](http://escritordaniel.es)**

La Revista Caminante no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.



## Colores Alberto Albés Pérez, Vigo

Camino sola, descalza, sobre la húmeda y verde hierba. Quizás vestida, quizás desnuda. No importa. A los lados, observo el bosque, con sus tonos rojos y naranjas, amarillos y verdes, azules y violetas. Escuchando a los gorriones y las palomas, sintiendo los aromas de los eucaliptos, los pinos y las amapolas.

Llego a un camino gris, pálido, sin vida. Un camino que fue creado por el hombre, queriendo dominar a la Naturaleza. Una Naturaleza que es como una madre a la que se ha dejado de lado, casi como un adorno. Varios obreros trabajan. Destruyen para crear. Ni siquiera reparan en mi presencia. Ya estoy, por fin, en el pueblo. Casitas de madera rodeadas de jardines y huertos, trabajados por mujeres. Mujeres de todas las edades, pero con la piel envejecida por el sol, la lluvia, el aire. Aquí la Naturaleza y la mujer conviven, se aman, se ayudan. Paso por delante de un colegio. Los niños juegan a la pelota. Alguna niña se mete en el medio, pero es ignorada. Las demás prefieren otros juegos: la rayuela, la goma... Mundos distintos fuera del aula. Quizás también dentro. Entro en la ciudad. De nuevo predomina el gris, en

sus calles, en sus edificios, aunque adornadas con árboles condenados, de por vida, a pequeños espacios rodeados de losetas. Hay algún parque, alguna fuente, como intentando que no olvidemos lo que fuimos, lo que hubo antaño aquí. Un grupo de gente avanza por el medio de la calle. Son mujeres, muchas mujeres. Están pintadas de rojo y de naranja, de amarillo y de verde, de azul y de violeta, mucho violeta. Con banderas y pancartas. Con tambores y pitos. Cantando, gritando, aplaudiendo. Una gran marea. Hay también algunos hombres. Las acompañan, pero no las comprenden, porque no sienten. No comprenden los dolores del parto ni de la regla, porque no los sienten. Igual que no comprenden la vejez, porque no sienten su soledad. Igual que no comprenden a los pobres, porque no sienten su hambre. No, no comprenden la diversidad, porque no sienten lo distinto. No, no comprenden la lucha por la igualdad, porque la desigualdad es algo innato.

Despierto. Salgo a la calle. Hoy todo es Violeta, Rojo, Naranja, Amarillo, Verde, Azul.

# Leticia Valls

Argentina

Desde que se había desmayado hace unos días todo estaba raro. Irma no decía nada para no asustar a nadie, pero percibía el ambiente extraño, entristecido. No podía saber exactamente cuántos días habían pasado. Se acordaba que empezó a sentirse mareada, que se metió en la cama con esa sensación horrible de que se le partía la cabeza. Pero no sabía exactamente qué había pasado después. Habría perdido el conocimiento, habría estado inconsciente, eso era más que seguro, porque esos días estaban borrados, no había ninguna imagen, ningún recuerdo.

Lo cierto es que se despertó en el sillón, creía que varios días después. No quiso ni preguntar qué había pasado porque Jorge estaba tan raro, tan tomado por la situación que no quería preocuparlo, sobre todo porque de a ratos, ella volvía a perder la conciencia, o la fuerza. No lo percibía del todo, pero sabía que había momentos que era como si no estuviera ahí. No tenía ningún cable, ningún catéter, eso la tranquilizaba, pero estaba clarísimo que las cosas no iban del todo bien.

Jorge tenía una cara de luto terrible, y para colmo, ni le respondía. No era que no le dijera nada, pero no le respondía. Ella se daba cuenta que su voz estaba demasiado flaca, pero no tenía energía para hablar más fuerte, era como si se

## Ay, Irma, qué hicimos de nuestras vidas

le estuviera extinguiendo la voz, quizás por eso él no respondía. Porque no era que habían dejado de hablar, aunque en el último tiempo -quizás en los últimos años- hablaban cada vez menos. Eran tantos años juntos que evidentemente no había mucho más para decir. No estaban enojados, ni distanciados, solo hablaban poco. Sin embargo, repentinamente, en los últimos días, Jorge había vuelto a charlar con ella. Le hablaba sin mirarla a los ojos, siempre haciendo otra cosa, o tomando su copita de licor en el sillón. *Se ve que le pegó el viejazo*, se decía, porque le hablaba con una sinceridad que nunca le había visto.

Le decía que no lo podía creer, que tantos años y de pronto se veía ahí sin saber qué hacer. Realmente estaba transitando algo, de hecho, Irma empezó a preocuparse, ¿si era Alzheimer? Porque lo veía llorar, hablarle, contarle cosas de su juventud. En cuanto ella se repusiera de esta debilidad tremenda, iba a hablar con sus hijos, porque un poco la conmovía y otro poco la preocupaba. Estaba tomando más de lo habitual, también.

No era una copita de licor, eran varias, a veces un poco de whisky. Irma no quería decir mucho, no sólo porque no la escuchaba sino porque entendía que seguramente estaba preocupado por los desmayos de ella, ¿pero él? Era inevitable preocuparse por los hábitos

de Jorge en los últimos días. Se sentaba en el sillón, por ejemplo, y le decía *Ay, Irma, qué hicimos con nuestras vidas*. Así cada noche, incluso muchas veces por la tarde. *Ay, Irma* era la frase que más repetía.

La otra noche le había agarrado un ataque de sinceridad. Empezó por todo lo que se habían querido, todo lo que la había querido él, pero enseguida se fue a esa crisis que habían tenido cuando los chicos estaban terminando la primaria. Eso la preocupaba también, cuando uno empieza a recordar tanto los momentos lejanos suele ser síntoma de vejez, de empezar a borrar lo diario. Él decía que en ese tiempo se había sentido tan desconectado de la familia, poco hombre, y que Susana lo había revivido, lo había vuelto a despertar.

A esta altura a Irma no le generaba nada parecido a los celos, pero sí sorpresa, de Susana nunca lo hubiera sospechado. Pero Jorge no le respondía, no la escuchaba, hablaba solo. Siguió con esa historia: cómo después decidió que ya estaba, que él era un hombre de familia, que no sabía bien por qué pero la elegía. *Porque hubo veces que no sabía qué nos unía, Irma*, le decía Jorge. Y ella lo escuchaba. La verdad es que se preocupaba, pero la conmovía verlo tan profundo. No la miraba, hablaba mirando a la pared, a veces le hablaba a la foto de la repisa, pero siempre con mucha sinceridad.

Ella no lo podía abrazar, le hubiera encantado, pero no lo habría logrado. No sabía bien cómo, hacía años que no se abrazaban, pero sobre todo sentía que ya no manejaba su cuerpo, por

momentos no sabía si dormía o se desmayaba, pero perdía la noción de dónde estaba, del paso del tiempo. El cuerpo le seguía fallando, evidentemente. Lo sentía cada vez más liviano, como si estuviera perdiendo fuerza, como si estuviera perdiendo nitidez.

Los chicos habían pasado. Irma había sentido el barullo y había escuchado a Jorge decirles que no quería que sacaran nada, que necesitaba tiempo. Eso era todo, de la visita no se acordaba. Además, Jorge a la noche se lo contó. *Los chicos quieren apurarme, Irma, pero son nuestros tiempos*. Eso le había dicho, siempre mirando a la nada. Era senilidad, seguro, pero la realidad es que era conmovedor escucharlo.

A ella también le daban ganas de contarle cosas, pero no podía. Era una sensación tan extraña la que tenía en el cuerpo. No podía pararse, no podía hablar, era como si solo pudiera sentir, como si de repente se hubiera vuelto solo emoción, solo amor, o solo gratitud. Y él lo sentía, era evidente. Porque de pronto lloraba, o repetía, *Ay Irma, tantos años*. No mucho más, y se servía otro poquito de licor.

Fue esa misma noche que estuvo sentado en el sillón un rato largo, parecía ido. Ella no hubiera podido decir cuánto, porque esa era otra cosa que le estaba costando, medir el tiempo, como si ella estuviera experimentando un tiempo distinto. Y él lloraba, y ella que solo podía verlo y volver a amarlo. Él lloraba, le decía *gracias Irma, por todo esto*. Y ella que no podía decir nada, que solo podía sentir con él, mirarlo, emocionarse.

Después de un rato largo, Jorge se levantó y agarró la foto de la repisa. Siempre le había gustado esa foto. Ella prefería la de los cuatro en la quinta, pero a él siempre le había gustado esa foto de ellos dos. Ya tenía mil años, pero a él le gustaba. *Te quise tanto, Irma.* Así le decía a la imagen, y ella lo recibía en el cuerpo.

En ese cuerpo que ya no era cuerpo, era otra cosa. Y ella se preocupaba, porque él no estaba bien, estaba tomando mucho y lloraba. Irma sólo sentía que lo que decía era cierto, y que ella, si pudiera le diría cosas parecidas. Pero ya no podía hablar, ya hacía días que no tenía voz, que no sabía bien dónde estaba. Y Jorge lloraba y le hablaba de los años, de todo lo que se arrepentía de no haberla mirado más, y ahora tampoco la miraba a ella, pero Irma sentía que sí, que la estaba viendo como podía, porque ella tampoco se veía ya. Lo miraba a él que lloraba

como nunca, y ella sentía, porque solo podía sentir que se iba despidiendo, que no estaba, que el que estaba era él: él y las fotos. *Ojalá estés descansando, mi amor,* eso le dijo él.

Y ella quiso abrazarlo, pero hacía días que no tenía cuerpo, y se venía a dar cuenta ahora. El lloraba con el portarretrato en la mano. Entonces Irma se acercó, porque sabía que era la despedida, que ella ya era solo emoción, solo recuerdo. Se acercó para que Jorge sintiera su calor en la espalda, para que Jorge supiera que sí, que ella también lo había querido tanto, pese a los años, a la distancia, pese a la vida que ya no tenía.

Lo sintió así, por última vez, hecha emoción pura, sintiendo que él sabía que ella estaba ahí, que ya no era ella, pero era su Irma, el recuerdo que él quisiera. Lo sintió, y hecha recuerdo se fue.

## DEJARTE

*poco importa burlar brazos y pecho  
si te labra prisión mi fantasía.*

Que ya no te pasaba lo mismo, que necesitabas pensarte, estar sola. Me llevaste a pasear por toda una serie de lugares comunes y te fuiste. Mientras yo trataba de encontrar algo para decir, para convencerte de tu error, vos ya habías vaciado el cajoncito que tenías en mi cómoda y emprendiste la retirada.

Nunca llegué a decir nada, a pedirte que reflexiones. A la noche me vi solo y lloré. Lloré como un chico,

preguntando por qué, gritando tu nombre.

Fue al otro día, cuando volví del trabajo, que entendí que algo podía hacer y acepté mi decisión. Yo no iba a dejarte ir. Ya sabía que no podía retenerte, además ya te habías ido -no soy tonto- pero sabía de sobra imaginarte. Te conozco de punta a punta, dije, y ahí nomás te volviste mía. Al principio me costó un poco, no te voy a mentir, me sentía como desquiciado, pero fue solo cuestión de empezar. Cenamos en el comedor, como siempre, porque a vos la mesa baja del living no te gusta para comer. Yo te conté mi vida, de los clientes que

había atendido. Hacía rato que no te hablaba tanto. Nos acostamos temprano, porque a vos los viernes te cuestan, y más si dormís poco.

El primer tiempo fue así, de visitas cortas, de contados encuentros en la semana. Pero al tiempo nos fue gustando a los dos, así que te propuse mudarte a casa. Te dejé mi lado de la cama, porque ya sé que no te gusta estar tan cerca de la ventana. Conozco de memoria tu cara de sueño, los movimientos que hacés antes de dormirte, tu respiración pesada. Obvio que no te abrazaba, no te gusta para dormir. Así que ahí te veía, tapada, acurrucándote sola, de a poco.

Tenía miedo, de mí, de vos, solo me importaba hacerte feliz. Así que empecé a salir poco. A mi familia casi no la veía, porque mi vieja no te gustaba. A mis amigos, los cruzaba cada vez menos. Al principio, iba a las reuniones. Yo no invitaba porque te había escuchado decir que a vos no te gusta escucharlos gritar barbaridades en tu propia casa, así que lo respetaba. Dejé de tomar para que no te moleste mi aliento, empecé a volver pronto para no desvelarte al llegar.

Un día te borré de mis redes. Te confieso que un poco me chocaba verte en algún bar con las chicas mientras yo te tenía en mi mesa. Me confundía, así que lo resolví.

Empecé a comer legumbres. Yo, que podía vivir a pizza, de pronto compraba

porotos en la dietética. Quería respetarte, demostrarte cómo te escuchaba, así que cambié mis comidas. Ni el mate quedó igual. Como siempre le ponías coco, empecé a mezclarlo en la yerba. Le agregaba manzanilla también, poquito, como te gusta, ya sé.

Pero la convivencia no es fácil, vos viste. Al principio fueron pequeñas discusiones, hablábamos mucho, como querías siempre, y volvíamos al ruedo. Pero fui perdiendo las ganas.

Yo podría haberte imaginado a mi medida, pero no hubieras sido vos. Respetaba cada gusto, cada horario, cada manía. Lo charlamos. Te dije varias veces que me estaba sintiendo solo, que no notaba en vos un interés real por mí. Pero no cambiaste nada, siempre fija en tus ideas, en tus costumbres, siempre diciendo lo mismo. Fue así que me llegó el hartazgo. Después de un largo año, llegó.

Hoy me duele un montón, pero creo que no puedo más. Ya no me pasa lo mismo, necesito pensarme, estar solo. Así que te veo irte otra vez, con tus cosas, te imagino arrepentida de no haber sabido valorar mi amor, saliendo por la puerta mientras te secás las lágrimas. Ya sé que esa no serías vos, pero hoy ya no me importa.

**LETICIA VALLS**

# La calle del Dragón

**Ariela de Campoamor**

Al pueblo de México, que sufre en carne propia la violencia perpetrada por el crimen organizado. A los miles de desaparecidos, cuyos restos permanecen sin identificar en mitad de los desiertos, los montes y los llanos de ese inmenso territorio de terror en el que se ha convertido el país. A las víctimas de la epidemia de fentanilo.  
A Jimena, a Paula, a Martha.  
A mi gran amor, J. C. D'Artagnan.  
Al recuerdo de mi madre.

## ÍNDICE

Prólogo o introducción al texto

Capítulo primero

Los cielos de París oscurecidos por dragones.

Hay que temer al amor

Capítulo segundo

Siempre tendremos París. Se llamaban Joaquín

Capítulo tercero

Corrían los años ochenta. A México lo han poblado los dragones

Capítulo cuarto

En el último suspiro de mi vida. Ese terrible dragón de dos cabezas

Capítulo quinto

Los dragones se quedan entre nosotros para siempre.

Comandante Castañeda

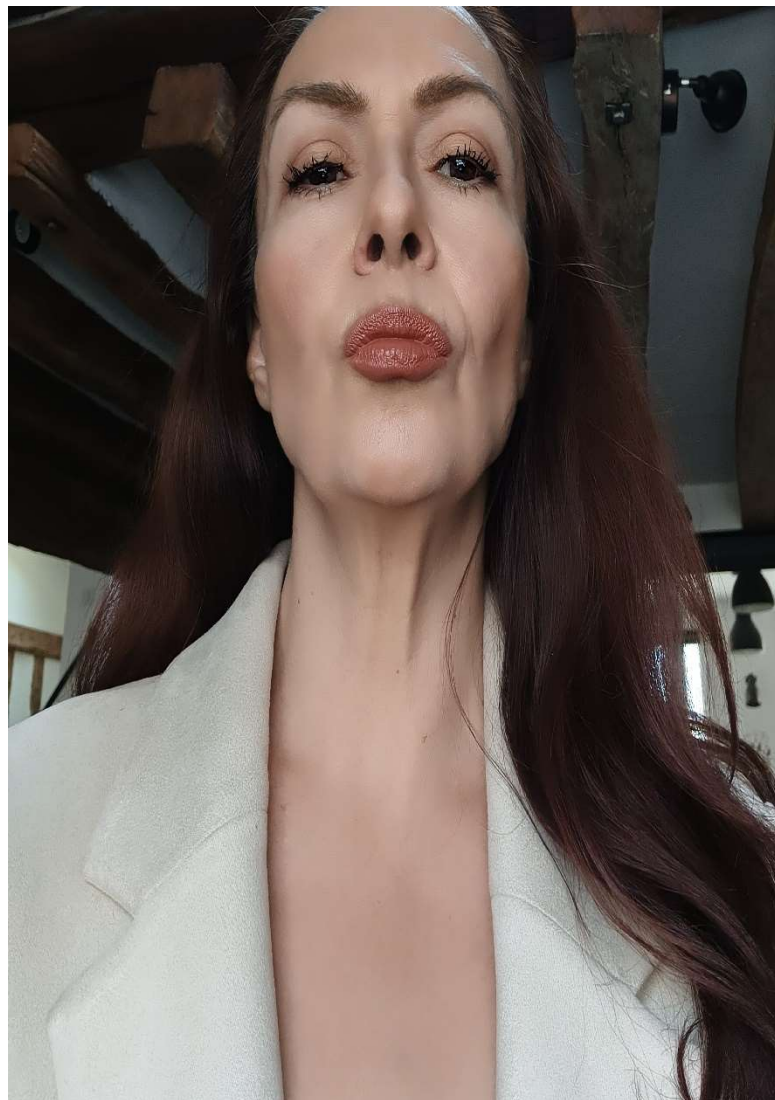
Capítulo sexto

Soy sirena. El oficio se lleva en la sangre

Capítulo séptimo

Del color de las grandes pasiones y desgracias.

Siempre, siempre tendremos París.



# Capítulo primero.

## Los cielos de París oscurecidos por dragones.

Hay que temer al amor

¿Qué es un Dragón? Un animal imposible, una mezcla de lagarto, de serpiente y de pájaro que arroja fuego por sus fauces, que vuela; que mata. Es su lomo brillante y resbaloso, lustroso. Relucen en él vivos colores que ciegan la mirada por minutos. Rojo, verde, amarillo, violeta, naranja. Son sus ojos terribles, como de serpiente, centelleantes, luminiscentes, tanto que si los miras por unos cuantos minutos, pueden cegarte para siempre, casi como los tuyos D'Artagnan. Y, sin embargo, pese a ese calor abrasador que habita en sus fauces, se trata de un animal de sangre fría, un animal de hielo.

Su aliento es ardiente como una bocanada del infierno y, cada vez que abre sus horribles fauces, parecieran abrirse las puertas del infierno. Incendia el aire con las llamas y las chispas que saltan desde el centro de su enorme boca, iluminando el espacio con su danza brillante y lujuriosa. Y de su mirada, ¿qué decir de su mirada? Es hielo puro que, pese a ese fuego que parece envolverla, es fría y aterradora, como una oscura noche polar.

Y si los miras volar, D'Artagnan, si miras volar a los dragones, ya nunca podrás recuperar el sueño, tus noches no volverán a ser tranquilas. Baten con sus alas el aire de manera descomunal, tanto que podrían derribar cualquier cosa a su paso y el ruido que hace puede volverte loco, hacerte perder la razón en un instante. Es un ruido terrible y espantoso que suena como el crujir de una vida que se apaga. No puedes olvidar jamás ese sonido una vez que lo has escuchado. Hay que tenerle miedo a los dragones, son enormes, implacables y violentos. Cada vez que pisan la tierra, todo retumba a sus pies y cuando lanzan una llamarada, se incendian los bosques, los arbustos arden, los árboles caen calcinados. Las ciudades quedan devastadas a su paso, los montes convertidos en cenizas y ya solo la muerte queda en pie para ser testigo de la absoluta devastación.

En ocasiones, lanzan un grito o un graznido estremecedor que suena como llanto de niño perdido o como una mujer asustada, al tiempo que un vapor ardiente y sulfuroso sale de sus orificios nasales, completando la infernal visión. Ni siquiera dormidos puede ser soportable su existencia. Sus ojos se cierran de abajo hacia arriba, cubriéndose de una membrana color marfil, transparente, a través de la cual pueden alcanzarse a ver detrás, muy detrás, sus pupilas brillantes de color naranja, como llamaradas de fuego, relucientes y cegadoras. Pupilas de fuego, danzarinas y centelleantes, como los reflejos de mi melena, incendiada por la luz del sol al caer los ocasos, revuelta entre tus dedos y reflejada en tus azules pupilas cuando nos amábamos.

Nos amábamos, sí, nos amábamos enredados entre sábanas blancas e impolutas, que luego yacían olvidadas sobre alfombras rojas como la sangre, ¿lo recuerdas alguna vez D'Artagnan?

Hay que temer a los dragones. Hay que temer al amor.

Dormir en un banco de aeropuerto. Despertar de madrugada, correr hacia la puerta de embarque con el pasaporte en mano. Sentir ese temblor incontrolable en las piernas a causa de la falta de sueño, de descanso, todo con tal de volverte a ver, D'Artagnan.

Y luego, salir del aeropuerto, correr hacia el metro, atravesar medio París desde sus profundidades, desde su oscuridad, sus malos olores y sus ventiscas heladas. Salir de nuevo a Sèvres Babylone, volver a aquellas calles, a aquellos cafés, a sus floristerías, sus tiendas; sus tejados. Volver a aquel tu París, a esa tu calle del Dragón. Volver a tus ojos, a tus abrazos, a tus manos y a tus labios. La calle del Dragón es corta y sinuosa, me atrevería a decir, casi tortuosa, como nuestro amor.

Hay en la calle del Dragón pequeños restaurantes, coquetos negocios de diversos tipos y elegantes academias de arte para señoritas distinguidas. A inicios de marzo, aún sopla el viento frío de las tempranas primaveras de París, por lo que no hay todavía ni rojas y apetecibles cerezas, ni frescos espárragos blancos, tus favoritos. Lo que sí hay es tu azul mirada y tu tacto frío. Lo que sí hay es tu risa sonora y tus canas plateadas, tu andar apresurado y tus perfumes finos, tu café personalizado de tiendas de autor y tus conferencias nocturnas con personajes al otro lado del mundo. Lo que sí hay es esa visión cotidiana de un sinfín de libros apilados sobre

las mesitas de noche y tus botellas de whisky caro, abandonadas en mitad del salón después de las largas noches de besos y caricias. Lo que sí hay es el recuerdo imborrable de tu piel blanca, dura y áspera recorriendo mi piel morena, suave y lustrosa.

En ese París de inicios de marzo, lo que sí hay es un sinfín de dragones sobrevolando los tejados y batiendo sus alas entre las losas de color azul grisáceo. Legiones de ellos compitiendo por dominar los cielos contra negros cuervos y blancas cigüeñas preñadas. Lo que sí hay es montones de nubes cargadas de lluvia fría y coloreadas de bellísimos tonos pastel, a las que los dragones se encargan de rasgar con sus alas descomunales cada tarde. Lo que sí hay es esa tragedia cotidiana de mirarlas hechas girones al caer los últimos rayos del sol, durante sus fluorescentes ocasos.

Lo que sí hay en esos cielos de París de sus tempranas primaveras son los ojos de tu cara y los de tus ventanas, oscurecidos de dragones. El milagro cotidiano de caminar a tu lado; entrar de tu brazo en esas elegantes tiendas especializadas en café, en vinos, en quesos. El milagro cotidiano de mirar nuestro reflejo en los escaparates de las tiendas de relojes de marca y de lencerías finas. Aspirar cada tarde el perfume de las floristerías perfumadas de rosas, de gardenias y de lilas. Ese tu París y mi París, tan amado, tan soñado.

Cuántos dragones acechaban al caer los ocasos. Cuántos y cuán feroces y terribles. Cuántos, y nosotros sin saberlo. No teníamos idea, pero estaban allí, ya ves, y no nos

dimos cuenta. Estaban escondidos detrás de la Torre Eiffel, de Notre Dame o del Louvre. Se confundieron detrás de las nubes, de los rayos del sol o de la luna. Creo que casi nadie los advirtió, tal vez solo las gárgolas, esas agazapadas eternamente en las catedrales góticas. Ellas se quedaron calladas por una especie de solidaridad, empatía o admiración que sienten hacia los dragones, pues, a fin de cuentas, les resultan familiares, como primos que estuvieran vivos, de carne y hueso, a diferencia de ellas, inmóviles durante el paso de los siglos, hechas de piedra, de cantera fría, inertes.

Una madrugada de marzo, al despuntar el alba, sin darnos cuenta, los dragones volaron e incendiaron con sus alientos ardientes y sulfurosos los cielos de París. Esa misma madrugada, ella me escribió. Me contó llorando que tenía miedo de esa oscuridad profunda y terrible que se le venía encima. Yo la vi llegar, yo vi llegar esa oscuridad. Era enorme, enorme y negra como la noche más negra de todas las noches, como mis ojos, como fue mi pelo y el pelo de mi madre. Tanto como nuestros destinos. Escuché sus gritos y sus gemidos, el chirriar de su silla de ruedas y el último sollozo de su alma. La oscuridad la estaba devorando. Una madrugada de marzo brilló para ella el último rayo de sol en la ciudad de los terremotos.

Los dragones volaron, incendiaron los cielos y después, después, ya todo fue oscuridad. Después, los dragones oscurecieron los cielos de París y del mundo para siempre. Tú guardaste silencio y seguiste bebiendo tu café. De nuevo, Macron apareció en el televisor, con su rostro desencajado, descolocado, estaba tratando de salvar la crisis de Ucrania, mientras Putin, desdeñoso e indolente, continuaba con su guerra asesina y sus siniestras movidas geopolíticas.

Horas más tarde, al acercarse el mediodía, una lata del más fino caviar chasqueaba al abrirse y una botella de champagne explotaba jubilosa en medio de una orgía de burbujas. Yo guardaba un silencio culposo, algo dentro de mí advertía que en ese preciso momento un desconocido estaba encontrando su cuerpo frío, abandonado en una esquina del centro de Ciudad de México. Esa madrugada ella murió sola y aterrada, aferrada a su silla de ruedas, ahogada en su propia sangre y en su propia desgracia.

¿Y tú? Y tus ojos, ¿a dónde miraban tus ojos esa madrugada? Miraban los cielos de París atravesados por dragones. Los dragones van, vienen, a veces llevan sobre sus cabezas coronas del color de la sangre, rojo; otras en tonos de verde brillante, como las esmeraldas o de verde olivo, como uniformes de sicarios y de asesinos a sueldo. Sus ojos se tornan de diferentes destellos y su piel de reptil se transforma en piel humana; Piel blanca, amarilla, negra. Pueden tener ojos profundos o rasgados, marrones, o azules como los tuyos, como el color del mar. También puede brillar en ellos el color de los bosques en verano o el dorado de los atardeceres en otoño. Pueden vestirse de refulgentes destellos del color de la miel o del ámbar, ese color de las joyas perdidas que esconden a los antiguos dragones no natos, aquellas bestias de otros tiempos; los dinosaurios, los antecesores de los dragones... Los dinosaurios murieron un día después de mirar una estrella reluciente atravesar los cielos de la tierra. Se perdieron para siempre en mitad de un estallido al que prosiguió una oscuridad eterna. Lo mismo puede

pasar a tantos que, así como los dinosaurios, pueden quedar cegados por una estrella reluciente y, luego, luego perderse en siglos de tinieblas. Creo que algo así le sucedió a ella, creo que la devoró la oscuridad después de mirar una madrugada una estrella cegadora y fugaz que estalló en los cielos de Ciudad de México. La estrella explotó y, después, llegó esa profunda oscuridad que lo devoró todo, incluida a ella misma y a su silla de ruedas.

Dime, júrame, D'Artagnan, que nunca has tenido nada que ver con ellos, con los dragones, dime que nunca has volado sobre su espalda, que nunca te has mirado en sus ojos, que nunca han comido de tu mano, que nunca se han sentado en tu mesa, dímelo y te creeré, aunque no me lo jures.

Los dragones vuelan y te ofrecen sus espaldas, sus lomos brillantes y lustrosos para subirte a ellos y atravesar los cielos. Nunca les creas, todo es un engaño, son una ilusión, un espejismo; una mentira. Te hacen creer que son confiables, que te llevarán a donde tú quieras, que sobre ellos podrás surcar los cielos de París y del mundo, pero todo es mentira, nada de eso sucederá y no te transportarán a ninguna parte. Te arrojarán a un abismo del que no podrás salir nunca y, luego, luego te devorarán.

México está lleno de esos abismos a donde los dragones han arrojado a tantos. Lugares en donde los sicarios matan a un pobre por una miseria y a un rico por poco más. Ya ves, nunca somos iguales. No lo somos, claro está, hasta que llega el día de nuestra muerte. Solo ella puede terminar con nuestras diferencias.

Con ojos atónitos hoy miramos a un pueblo entero cayendo al abismo a cambio de dádivas otorgadas cada mes y un montón de mentiras cada día, escupidas muy temprano por la mañana. Los abismos se abren ante los pies de todos y pocos, muy pocos, se atreven a mirar hasta sus fondos, allá donde los dragones esperan pacientes lanzando el fuego eterno de sus fauces. Ellas aparecieron a mitad de un campo desierto, sus cuerpos putrefactos estaban enterrados en medio de la nada, dentro de un par de bolsas de plástico negro, sí, como esa oscuridad que cubre a todo un territorio, a todo un pueblo. Les habían teñido el cabello de colores y habían cubierto con acrílico color verde sus uñas. Un par de tatuajes fueron la prueba definitiva para saber que se trataba de ella y de su madre. Tatuajes como cicatrices de sus amores; amores perdidos, amores de madre y amores amantes, amores prohibidos, negados. Tatuajes grabados en vida, para acompañar durante la muerte. Tatuajes para reconocer cuerpos inertes. En otra bolsa estaban sus ropas. Unos pantalones negros y una zapatilla roja, como el color de la sangre.

Una fue la señora de un asesino, la esposa de un matón, una alimaña ponzoñosa del desierto, un Alacrán, el hermano de aquel güero al que todos temían, ese, D'Artagnan, al que nadie se atrevía a mirar a la cara. Una señora del narco, cuya notoriedad, como en todos estos casos, consistía en ser muy cercana a un gran señor, aún más temido que su propio marido, su cuñado.

La otra, su hija, era tan solo la sobrina de aquel temible capo. Era rubia como su tío y dueña de un par de ojos azules y felinos como los tuyos. Una niña que, sin darse cuenta,

se convirtió en mujer en medio de ráfagas de rifles de alto poder, masacres de parientes y enemigos, escapes de calabozos dignos de películas de Hollywood y titulares de periódicos. Siendo apenas una adolescente, terminó enamorada de un sicario conocido en el mundo del hampa como el Jabalí, cuyo destino no fue más feliz que el de su padre, ni del de su tío. Tuvo que enterrarle a él y a aquel amor adolescente en mitad de ríos de sangre y lágrimas. Tiempo después, se vio envuelta en una relación amorosa con una briosa amazona de ojos y cabellos castaños a la que amó desesperadamente.

Durante un ocaso de invierno, ambas, madre e hija, fueron levantadas como tantos otros, como miles y desaparecidas en mitad de la nada, en mitad del desierto. La nada se las tragó a ambas; a su madre y a ella, la nada, ese lugar en donde podemos ir a parar todos en México. Fueron encontradas mucho tiempo después, más de un año. Las encontraron un montón de mujeres que suelen ir juntas, andando en caravanas, atravesando los desiertos, rascando sus suelos inertes con uñas y dientes, olfateando la muerte. Las llaman Madres Buscadoras, pero, en realidad, ya no lo son, pues a sus hijos también se los tragó la nada. Hijos que desaparecieron sin dejar más rastro que el dolor, la ausencia y la pestilencia de sus cuerpos al descomponerse. Madres que buscan entre las piedras impasibles y los llanos ardientes. Madres de nadie, más que de sus recuerdos. Las encontraron. Muertas, podridas y vejadas, pero las hallaron.

Unas manos pequeñas y blancas hacían mover las ruedas de plástico de la silla de ruedas. Le habían salido callos en las palmas a fuerza de moverlas. Esa madrugada de marzo, sus pequeñas manos dejaron de mover las ruedas de su silla, su respiración se cortó, no podía más, había sufrido demasiado. Sus piernas ya no estaban allí, su corazón tampoco. Todos la habían dejado sola, incluso yo. Al final, solo la acompañaron el silencio y la muerte.

Una vez tuvo un marido borracho y malvado que la golpeaba e insultaba sin parar. Tuvo también un hijo al que quiso ponerle un nombre, Joaquín, pero no alcanzó a hacerlo, pues no le dio tiempo, murió antes de que pudiera siquiera abrazarlo, antes de que pudiera tenerlo en su regazo, antes de que pudiera nombrarlo. Decidió su destino una mañana de marzo y se fue para siempre. Un frasco de ese temible, asesino fármaco que ha convertido a medio América del Norte en zombi, sirvió para acabar con su vida. Se fue a buscarlo a un mercado sin luz, tan negro

como la noche más negra. Nada le ataba ya este mundo, ya había sufrido suficiente. Dijo adiós y se fue, se ahogó en su propia sangre y su propia tragedia. Ya no sufrió más.

A mí me dejó sus recuerdos. Sus últimas palabras y, después, su silencio. Un mensaje de WhatsApp, unas líneas terribles y, después, la nada. Su cuerpo fue a parar a una mesa de disección donde torpes e inexpertos estudiantes de Medicina practican con pedazos de cuerpos humanos que nadie reclama. Esos trozos de carne humana que ha perdido todo rastro de alma. Ella era mi hermana y a mí me dejó sus recuerdos.

Salamanca es bella. Sobrada de belleza, de impresionantes catedrales labradas cual filigranas en piedra como encajes finos. Sobrada de Dios. El color de su cantera es casi

dorado y por las tardes de verano, de este calurosísimo en el que he vuelto al teclado y a tus recuerdos, D'Artagnan, el color de su cantera brilla como si fuera oro auténtico. Oro auténtico, como lo fuera alguna vez el color de tu cabello y el de tu padre. Oro auténtico, como el dorado brillo de tu estirpe.

Y es desde aquí, justo desde aquí, desde este sueño dorado de filigrana grabada en piedra que escribo este texto con el que espero por fin exorcizar a los dragones, esos que han oscurecido nuestros cielos, los de nuestro París en primavera. Mi cola de sirena brillante y lustrosa, como lomo de dragón, ha desaparecido. Los dragones y tu silencio se la han llevado una vez más. El mar ha quedado muy lejos y me he perdido tierra adentro, a mitad de esta España mía, mi España de siempre.

Ahora, caminando sus ciudades con mis dos piernas humanas, la recorro de norte a sur y de este a oeste. Mis dos piernas humanas, ya lo ves, mis dos piernas humanas y de bailarina, que tanto solían gustarte, me han llevado a andarla por todos sus caminos. La he andado sin tregua ni descanso, tal como poeta al que le ha cubierto el polvo de los países vecinos. Voy andando, paso a paso por caminos de piedra y lodo. Carreteras modernas e impecables y terracerías ancestrales y polvosas. Cielos, mares, montañas. He andado de noche y de día, de madrugadas heladas y mediodías calurosos. Han transcurrido ya otoños pintados de ocre, inviernos blancos de nieve, primaveras colmadas de flores y veranos ardientes de sol. He pisado con mis pies descalzos de niña huérfana, la arena de sus playas, desde el Mediterráneo hasta el Atlántico y con mis botas de tacón, anudadas con lazos al frente, las losas frías de sus viejas ciudades y las hojarascas muertas de sus bosques en otoño. Entre piedras lustrosas y duelas envejecidas por los siglos, arrastro una maleta en donde guardo mis abrigos, mis gorras, mis guantes y tus recuerdos.

Asómate a tus ventanas, D'Artagnan, aparta esos gruesos cortinajes de terciopelo gris con los que tapas la luz de los amaneceres. Sé valiente y asómate, escucha mi voz llamando a tu puerta, tocando a tu timbre y verás que los dragones siguen surcando los cielos de París. Ya la primavera se ha ido, ya no hay apetecibles y rojas cerezas, ni frescos espárragos blancos, tus favoritos. Ya se han marchado los atardeceres de besos y vinos, las noches de estrellas y abrazos. Se han ido todos, hasta los negros cuervos y las blancas cigüeñas preñadas de los tejados. Todo ha desaparecido, pero ellos, los dragones D'Artagnan, ellos siguen ahí, atravesando con sus alas los cielos de nuestro París en primavera. Asómate a tus ventanas, D'Artagnan, asómate y los verás.

<https://youtu.be/NWelAIF6P6Y?si=BSA0tjVffqBrNjan>

**Ariela de Campoamor**

Visite la web del editor

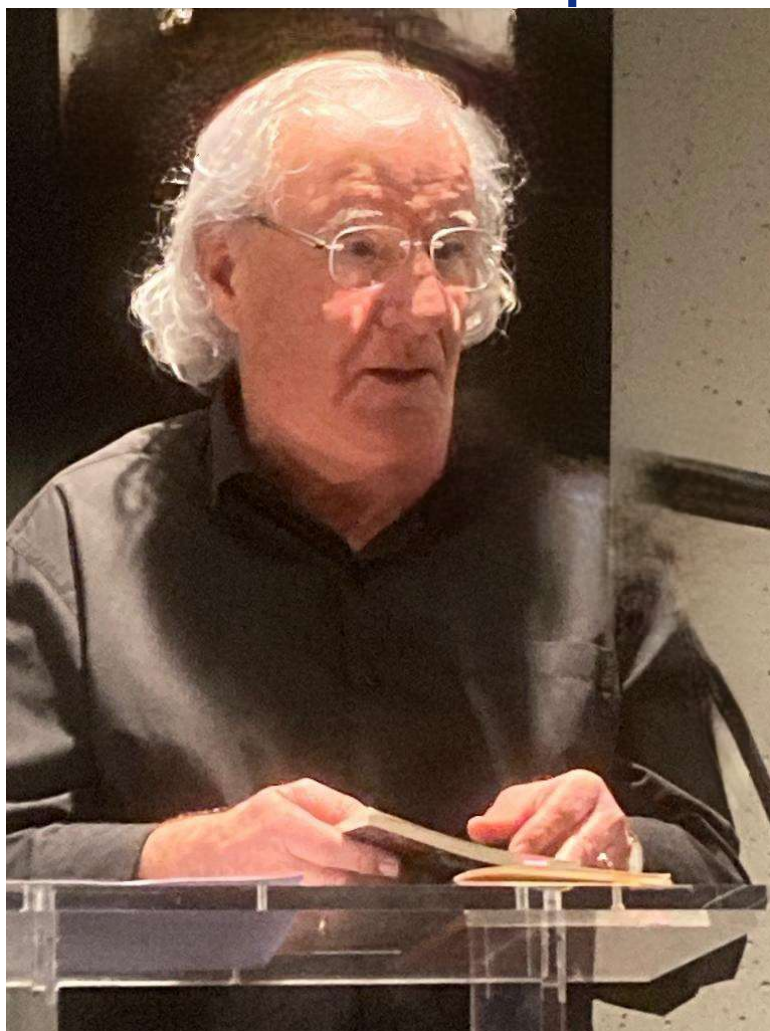
**Escritordaniel.es**

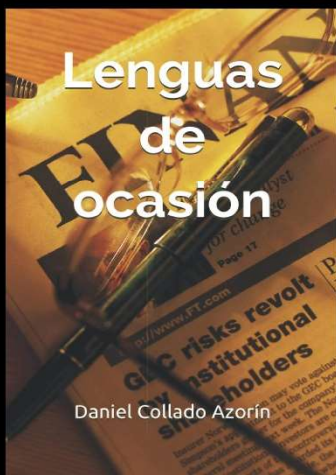
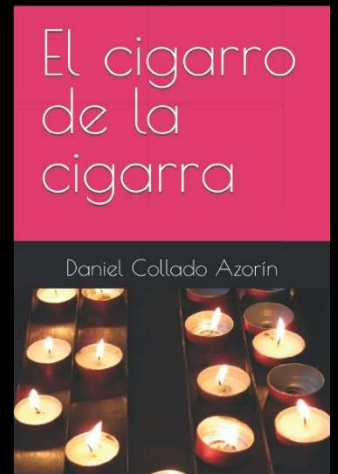
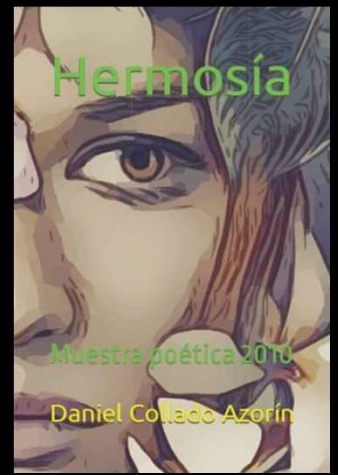
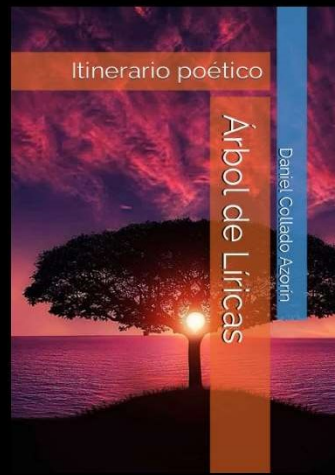
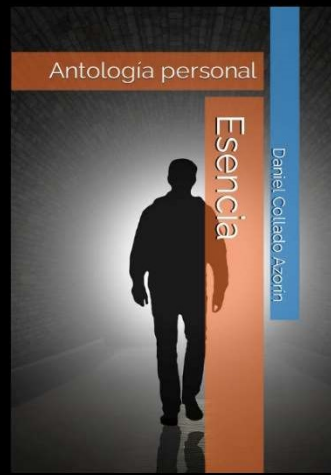
**PARAFRASEANDO**

Todo me turba,  
todo me espanta  
no todo pasa  
la paciencia no basta  
quién sólo a Dios tiene  
todo le falta  
si no lucha por la justicia  
que Él mismo proclama  
sólo Dios no me basta  
si faltan mis hermanos  
de todas y cada una  
de las razas  
sin los que sufren,  
yo no soy nada  
sólo Dios no me basta  
para colmar mi alma  
pudo ser un anhelo  
de mi infancia lejana,  
me turban las guerras  
el naufragio de pateras  
las concertinas que rajan  
las devoluciones en masa  
los muros que levantan  
me espanta la angustia

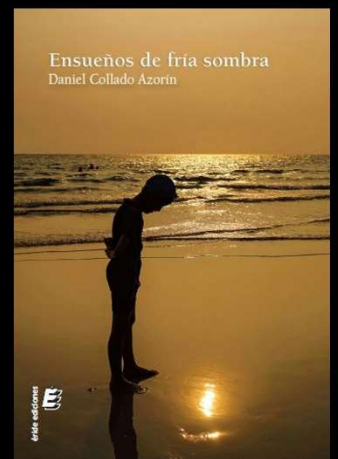
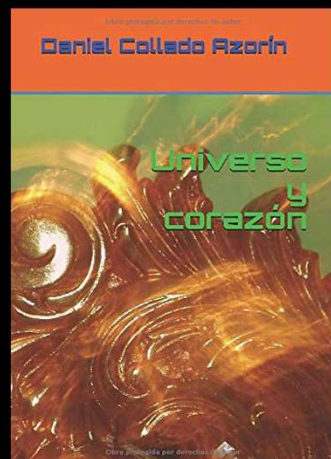
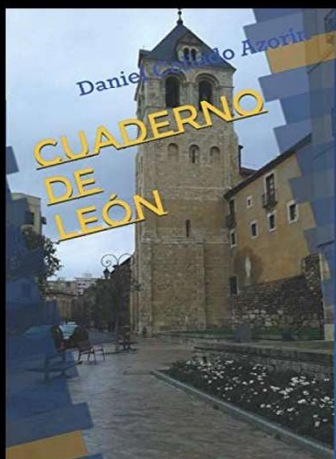
**Antonio Cano Lax****A SANTA TERESA**

de tanta ignorancia  
y la libertad de las  
manadas  
cuentan para mí más los  
caídos  
que cuestiones del alma,  
a mí todo me turba  
a mí todo me espanta.





*escritordaniel.es*



# La Papelera de los sueños (IV)

## Eloy Calvo Pérez

### CUANDO NEGRO Y DE COLOR NO SIGNIFICAN LO MISMO

Cuando cuelga el teléfono el inspector Soninké permanece unos instantes paralizado. Le cuesta dar crédito a lo que le acaban de ordenar que investigue. No porque desconfíe de la veracidad de lo acontecido, sino porque jamás hubiera imaginado que tras el fin del apartheid habría tantas cosas que no terminarían de cambiar.

En Sudáfrica nadie desconoce, al menos todos los que como el inspector Soninké no tienen la piel blanca, que fue en mil novecientos cincuenta cuando la *Ley de Registro de la Población* estableció la política del apartheid, dividiendo a los sudafricanos en cuatro grandes grupos –blancos, africanos, de color e indios– para hacer cumplir la política de segregación racial del gobierno minoritario.

El inspector Soninké no puede evitar preguntarse si realmente es tan ingenuo como en esos momentos le está pareciendo y no debe extrañar que se formule esa pregunta pues, como la mayoría de sudafricanos, siempre pensó que la maldita ley había sido abolida –de hecho, lo fue– cuando el país avanzó hacia la gobernanza democrática.

Sinceramente, estaba hecho un lío, pero como pronto tendría oportunidad de conocer había una explicación, aunque ello no supusiera ningún consuelo ni hablara a favor de los logros de la tan ansiada democracia.

No dejaba de ser curioso, pensaría horas después el inspector Soninké, que fuera el sospechoso de la comisión de un delito de fraude quien le abriera los ojos sobre algunos aspectos de la realidad sudafricana que continuaban anclados a los cimientos del régimen racial.

Solomon Snyman era médico en un dispensario de la periferia de Johannesburgo y al quedar vacante la plaza de director había optado a cubrir dicho puesto.Cuál sería su sorpresa cuando recibió una notificación en la

que se le negaba el puesto por haber intentado engañar al rellenar la solicitud para acceder al cargo.

El “grave delito” del doctor Snyman había consistido en indicar en la instancia que pertenecía al grupo “africano”. Es fácil imaginar la sorpresa, primero, y el acceso de rabia, después, al constatar que la administración de la nueva Sudáfrica lo clasificaba como individuo “de color”, es decir con una herencia genética mixta, al mantener el mismo criterio que había seguido el régimen del apartheid cuando, tras su nacimiento, sus padres lo incluyeron en el Registro Civil.

Una vez llegó al dispensario médico el inspector Soninké no necesitó más de cinco minutos para comprender que la persona que se sentaba frente a él era un hombre culto e inteligente, pero, por encima de todo, una persona comprometida con su barrio y la población de clase humilde que en él habitaba.

El doctor Snyman era africano y no podía entender que el gobierno de la nueva Sudáfrica utilizara la clasificación racial del régimen racista para continuar etiquetando a sus ciudadanos, con la excusa de hacerlo para recopilar datos tendentes a corregir los marcados desequilibrios en los ingresos y oportunidades económicas de los distintos grupos, legado del racismo oficial del pasado. En opinión del médico, claro que existían enormes desequilibrios económicos y sociales que debían corregirse, pero para combatirlos el gobierno debería reemplazar la clasificación racial por unos parámetros que tomaran como base la medida de la pobreza, independientemente del color de piel de la persona que necesitara la ayuda. El inspector Soninké había acudido al dispensario para redactar un informe con las alegaciones del médico contra la acusación a la que se enfrentaba. Ese era su papel y no tenía intención de salirse de él, pero subyugado por las palabras del doctor Snyman, durante parte del tiempo que duró la conversación tuvo la sensación de encontrarse escuchando una amenísima conferencia.

Si se hubiera tratado de una conversación entre amigos o colegas, cuando le escuchó decir que el gobierno debería tratar a todos los sudafricanos por igual y no discriminar por su identidad racial, puesto que personas que necesitaban encontrar empleo o requerían servicios los había en todos los grupos raciales, el inspector Soninké habría redondeado el argumento expresado por el médico sentenciando que, en efecto, el gobierno debería

utilizar la clase y no la raza para conocer las necesidades reales de sus ciudadanos.

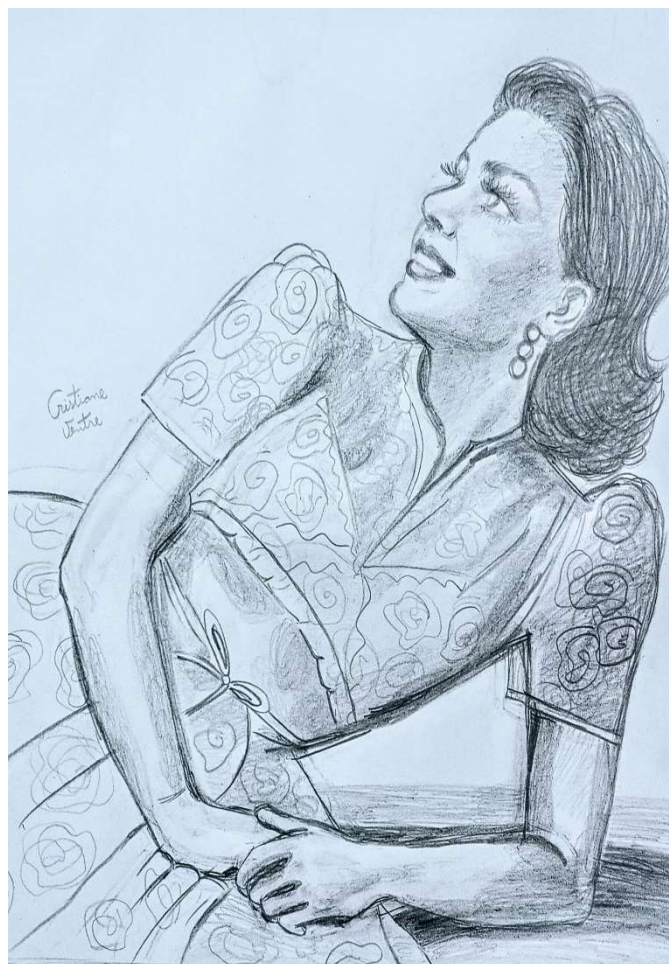
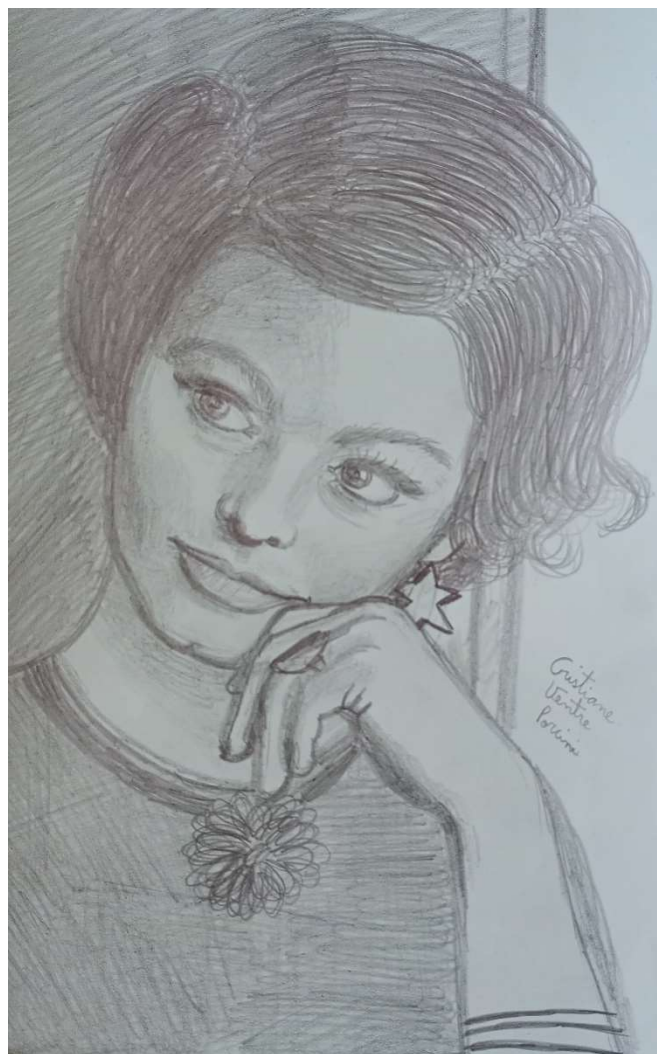
Desde que tuvo uso de razón el doctor Snyman, igual que hicieran multitud de sudafricanos clasificados como de color o indios, se consideró negro. Y fue esa consideración la que le llevó a definirse como africano al rellenar la solicitud para cubrir el puesto de director de su centro de trabajo.

Cuando abandonó el dispensario el inspector Soninké lo hizo con el convencimiento de que la persona con la que acababa de hablar no había cometido ninguna falta o delito y, aunque en su informe no podría reflejarlo con esas palabras habría de buscar la forma de que el pensamiento del médico quedara patente en el escrito.

De vuelta en comisaría el inspector Soninké se tomó unos minutos antes de redactar el informe que iba a presentar a su superior. Conocer que el gobierno le clasificaba con la misma etiqueta que utilizara el régimen racista le incomodaba profundamente. Podría haberse sentido contento e incluso privilegiado pues, por encima de todo, el ANC se preocupaba de los que como él eran clasificados como africanos o negros, pero lo que él veía era que los blancos continuaban dominando la economía tanto en términos de propiedad como en la toma de decisiones y que, aunque en efecto la mayoría de la pobreza recaía en la población negra, no eran pocos los clasificados como de color o indios que compartían la miseria con los anteriores. Tal vez, sería de eso de lo que deberían ocuparse con más ahínco los miembros del gobierno.

El inspector Soninké no es adivino, pero sí acumula una cierta experiencia y por ello no se atrevería a apostar por la suerte que pueda correr el doctor Snyman, pero algo le dice que esta vez su informe no acabará en ninguna papelera y el buen doctor se verá obligado, cuando menos, a pagar una fuerte multa y, por supuesto, a olvidarse de dirigir el consultorio, salvo que no haya en el centro ningún médico con la etiqueta de africano dispuesto a asumir la dirección. El doctor Snyman ha abierto los ojos del inspector Soninké al hacerle testigo de cómo un acto ilegal, usar la clasificación racial con el fin de excluir a ciudadanos del disfrute de sus derechos, es realizado impunemente por el mismo gobierno que se encargó de abolir la ley segregacionista. Aunque solo fuera por eso sería motivo suficiente para sentirse agradecido y en deuda. Lástima que no esté en su mano arrojar el expediente a la papelera.

# EL RINCÓN DE CRISTIANE



# Canto azul

Damián

Andreñuk

Me eleva el canto azul  
de una dignísima calandria.  
No la risa sin colores  
emanada por la hipocresía.  
Yo vi las puertas del infierno más temible  
y escuchaba las celebraciones a lo lejos.  
Yo oculté siempre mi tesoro primordial  
para que bestias y alimañas no lo profanaran.  
Perdón, perdón por mi tristeza recurrente.  
Por mi naufragio tal vez desmesurado.  
Me brota el canto azul  
de ser yo mismo.



## DE UNA VEZ Y PARA SIEMPRE

Encenderé una fogata  
con las últimas ramitas de tu risa  
y con el recuerdo de tus besos  
atizaré las llamas.  
Atraparé el sol a bocanadas  
para acortar la distancia  
entre tu engaño y mis sueños.  
Guardaré tus promesas vanas  
en el eco de tu voz de terciopelo.  
Sacudiré la piel de las añoranzas;  
abrazaré sus cicatrices desde adentro.  
Habitaré los recovecos  
de mi garganta acallada.  
Rescataré todos los puentes  
antes de que los derribe tu silencio.  
Confiaré, a una arrebolada aurora,  
el más abrasador de mis secretos.  
Entenderé, de una vez por todas,  
la eternidad de los instantes  
sin tu regreso.  
Me devolveré a mí  
en la próxima esquina  
en lo rojizo de un ocaso  
en algún intrincado sendero.

**Zulma Martínez**



# Llamando a un nuevo lugar mi hogar (II)

## Capítulo 1

Yo, María de los Ángeles, nací el 24 de enero de 1981, de nacionalidad colombiana, crecí en San Carlos Bogotá y ejercí mi profesión de ingeniería industrial fundando en el 2019 una compañía de consultoría en eficiencia energética y procesos de normativa para certificación de productos en Bogotá. La razón de fundar mi empresa fue para ayudar a la gente y hacer una diferencia en mi comunidad.

Desafortunadamente, en octubre del 2022, mi hermana tenía problemas con el consumo de drogas y decidí internarla en un centro de rehabilitación para Mujeres, ubicado en el centro de Bogotá, cerca de Santa fe, un barrio peligroso de la ciudad. Esta fundación carecía de recursos, así que empecé a apoyarlos con donaciones de comida y dinero para que pudieran mantenerse.

Este barrio está liderado por grupos armados y organizaciones criminales, donde los frentes armados del ELN manejan el micrográfico de drogas, se registran casos de homicidios, torturas y enfrentamiento armados entre la Policía y las bandas criminales a diario

dejando un saldo de personas muertas y muchas heridas.

La situación de la drogadicción en Colombia sigue siendo un problema grave y urgente que afecta a muchas personas en todo el país, el consumo de drogas está aumentando en zonas urbanas como Bogotá, especialmente entre jóvenes y adolescentes.

Después de varios meses, con miedo y angustia porque pensaba que algo pudiera pasarnos, mi mayor miedo se hizo realidad... Empecé a recibir panfletos cubiertos de sangre a las afueras de mi casa y amenazas telefónicas de estos grupos pidiéndome sumas de dinero altas a cambio de la seguridad de mi hermana en el centro de rehabilitación, diciéndome que tenían información sobre mis hijos y mi esposo. Acudí a la policía del sector, pero no me recibieron la denuncia por falta de evidencias, ya que me solicitaban nombres, direcciones y números telefónicos de estas amenazas, pero no tenía cómo comprobarlas así que no pudieron ayudarme.

Preocupada por la seguridad de mi familia en noviembre del 2022 decidí sacarlos del país y cerrar la empresa que tanto esfuerzo nos había costado construir, buscamos huir a un lugar seguro. Pensando que México sería la mejor opción, viajamos hasta allá con nuestros ahorros, pero al llegar fuimos víctimas de la policía que nos quitó todo el dinero que llevábamos. Una persona que conocimos en el camino nos ayudó a cruzar la frontera en Yuma,

Arizona y nos entregamos a un centro de detención donde estuvimos recluidos por ocho días en condiciones inhumanas. Uno de mis hijos se enfermó de una infección en el oído, pero no pudo obtener atención médica y fuimos maltratados por el personal mexicano. Finalmente, nos regresaron a Colombia a finales del mes de noviembre esposados y sin posibilidad de explicar por qué no podíamos regresar al país en otro momento.

Al llegar a Colombia a principios de diciembre, aterrados por todo el infierno que habíamos vivido, nos quedamos en un hotel sintiendo que nos vigilaban, horas después nos enteramos que nuestro vehículo había sido robado y quemado como otro mensaje de advertencia de los grupos armados que querían silenciar nuestra causa de ayudar al centro de rehabilitación que ellos controlaban y donde aún seguía internada mi hermana.

Inmediatamente de ese momento, muy asustados por nuestra seguridad mi esposo pidió dinero prestado a uno de sus amigos para poder irnos de nuevo, huir definitivamente era nuestro objetivo para proteger a los hijos pequeños de toda aquella pesadilla, buscamos un contacto que nos llevará a la frontera de Laredo, Texas y así fue como el 17 de diciembre del año 2022 por fin pudimos pisar suelo americano y sentirnos a salvo.

Mi historia es reflejo de cómo la violencia y la inseguridad pueden afectar la vida de las personas y

cambiar su destino de manera repentina, pasé de ser una mujer emprendedora a huir de varias veces para salvar la vida de mis hijos.

Estoy agradecida por la oportunidad de estar en el Estado de la Florida y de poder proteger a mi familia. Así mismo, sigo comprometida a luchar por lo que creo y a ayudar a quienes están en situaciones similares a la mía.

Quiero trabajar duro para tener éxito en mi nueva vida aquí en este país y hacer una diferencia en mi comunidad, así como lo hice en Colombia con mi empresa de consultoría en eficiencia energética y procesos de normativa para certificación de productos.

Mi escape no fue fácil y me vi con el peligro cara a cara, pero no me detuvo ni me detendrá para proteger a mi familia.

**Daniela Morán**

Maracaibo



## CIRA TRAS EL VENTANAL

### Relato entre lo real y lo irreal

En su amplio y soleado apartamento de la Place du Tertre, en el parisino barrio de Montmartre, Cira despide a los muchos amigos en él presentes. Han venido a felicitarle por su cumpleaños. ¡Cien ya, les dice con alegría!

Y sería el nonagenario poeta Gerard de Nerval, cuya amistad, como la de todos los demás, se retrotrae a los dorados años de la Bohemia que con luz propia brillaba en París, quien toma la palabra para declamar el poema que dedicó a Cira, derrumbada por la pérdida de su amado Armand, que seguramente alguno todavía recordaréis, que titulé *Cira frente al Espejo*. ¿Lo recuerdas tú, mi querida amiga? –Cira asiente entornando sus parpados–

Una vez recitado el poema, los labios del poeta rozan los de la homenajeadada, que pestañea como queriendo retener unas traviesas lágrimas. Seguidamente terminó su intervención con unas palabras a los reunidos: *¡Amigos! Cira es ya, como algunos de nosotros, una mujer centenaria, si bien su cuerpo y sus facciones conservan una aureola que nos hace recordar a la joven Cira. Exóticamente bella. De vestal esculpida en ébano su cuerpo. Mujer admirada, deseada por los hombres; amada por todos aquellos que como yo fuimos sus rendidos admiradores. Y en la misma medida envidiada por las mujeres. Así era Cira, por derecho propio la amante del amor. ¿Mujer enamorada? Sí, aunque sólo dos veces abriese la puerta de su corazón al amor real. Ellos, sus enamorados, tan iguales y tan distintos, estaban marcados por la fatalidad. Y ambos la abandonaron de la misma manera: En brazos de la escuálida portadora de la guadaña.*

La velada ha estado plagada de recuerdos. En ella se han revivido una vez más los años dorados de la Bohemia, los que a lo largo de la misma han recordado con nostalgia. Llegada la hora del adiós, tras la despedida el apartamento retoma su natural calma. Cira que está cansada se acomoda en su mecedora junto a la llameante chimenea y cercana al ventanal, desde el que ampliamente se divisa la Place du Tertre. Afuera hace frío. Es otoño y cae la tarde. Tras el cristal contempla el pequeño

parque que se muestra a sus ojos. Ve las hojas desprenderse de los árboles y en su caída ejecutar una extraña danza. Cira tiene frío y pide a Marcelle, su fiel sirvienta, que le arroje con una manta. Incapaz de sujetar sus parpados deja que se cierren. Pero no duerme, cae en una especie de éxtasis.

En su mente se reproduce el momento en que el viejo Paul Gauguin daba las últimas pinceladas al cuadro para el cual le sirvió de modelo. Sucedió en su recién estrenado apartamento, regalo de su amado padre, sentada en una mecedora similar a la que ocupa ahora y vistiendo un hermosa túnica roja que la llegaba hasta sus descalzos pies. Con otra similar había sido vestida para la fiesta de cumpleaños por su fiel Marcelle. En su mano un pañuelo blanco y su larga cabellera negra recogida en cola de caballo. ¡Qué bien había captado su gesto entre melancólica y ausente! Expresiones que perviven en ella a pesar de los años vividos. Si bien su juvenil melancolía se fundamentaba en el amor, pues por aquel entonces tenía el corazón ocupado por su querido Armand.

El vocerío de jóvenes bullangueros que pasean u ocupan las terrazas de algunos bares de la plaza y de las calles adyacentes, cuya música, tan distinta a la de su juventud, llega hasta sus oídos. Y es que el viejo Montmartre seguía siendo un barrio bullicioso. El de la criolla Cira, que en su años de juventud los vivió con despreocupación. Inmersa en la vida parisina, en la que fue musa de pintores, que se la disputaban como modelo y gustaban pintar su cuerpo, a veces sin comer, a veces sin dormir ¡Qué bien había sabido su amigo Aznavour plasmar la bohemia de aquellos tiempos en una hermosa y pegadiza canción!

Cira en el laberíntico revivir su pasado, rememora su niñez y unas lágrimas afloran a sus ojos. Nacida en la caribeña Isla de Le Martinique, en la que el que sería su padre, un joven y apuesto oficial de la Armada francesa allí destinado, conoció a una bellísima mulata, su madre, con la que se casó. El amor por aquella y el fuerte carácter liberal de él pudieron con la hipócrita sociedad blanca de la Isla. La felicidad había invadido su hogar, sin embargo a poco de cumplir los catorce años quedaría difuminada con la inesperada muerte de la madre.

Tratando de alejar ese momento revivido, Cira gira su cabeza de un lado a otro, lo que consiguió. ¡Qué

infancia la suya! Vivida en total libertad y en contacto con la naturaleza que la isla le brindaba. Amaba las flores multicolores, pero sobre todo las orquídeas y las lilas, con las que su madre tanto gustaba acicalarse. ¡Cada día te pareces más a tu madre! Le decían. Y no sólo lo era por la belleza natural de la jovencita criolla, también por su carácter rebelde, indomable.

En su recordar le viene a la memoria el comienzo de sus primeros estudios en el único colegio clasista y religioso de la Isla, en el que destacaría por su despierta inteligencia. No olvida su cariño por la *soeur* que la comparaba con un diamante en bruto que había que pulir, para hacer de ella una señorita.

Cira abre sus ojos que por unos instantes presentan un brillo especial cuando trae a la memoria el día de su doce cumpleaños, y su enamorado Antoine, condiscípulo suyo, depositó en sus rojos labios un beso. ¡Su primer beso de amor! ¡Cómo le gustaba, pero no tardó en olvidarle!

De pronto, mirada extraviada, se queda pensativa y reconoce cómo los años en Le Martinique le habían marcado. Vuelve a dejar caer los cansados párpados y un rictus de dolor se refleja en su rostro. Y es que por unos instantes, sin poder evitarlo, rememora la temprana y dolorosa muerte de su joven madre. Y cómo su padre, embargado por la desesperación, era incapaz de soportar su ausencia; sin que ella pudiera hacer nada por consolarle, excepto mantenerse más unida a él que nunca.

Pero un día, inesperadamente, aquel tomó la decisión de volver a la Metrópoli. Se instalaron en París y tras dejar el servicio activo en la Marina optó por dedicarse de manera directa al control de los negocios familiares. Este no tardaría en frecuentar la vida social parisina, conociendo a una bella y culta mujer, Camille, con la que tras dos años de relaciones no tardaría en casarse. Ambos tuvieron tres hijos, todos ellos varones. Las relaciones de la jovencita Cira con la madrastra y hermanastros fueron siempre buenas. Camille se ocupó de la educación de la bella y ya escultural quinceañera, a la que consideró siempre como su hija mayor.

A la joven Cira le había fascinado París, por lo que La Martinique pronto sería un recuerdo unido al de su madre. Terminados los estudios exigidos por los padres no dudó en pedirles le permitiera

independizarse. El padre que tuvo dudas pensó en negárselo, pero la intervención en favor de ella por parte de Camille recordándole que Cira había heredado su liberal forma de pensar y comportarse, acabó por acceder a la petición de la niña de sus ojos, sin tener en cuenta el escándalo que presumiblemente podía originarse en la hipócrita sociedad parisina. Pero sí con algunas condiciones; que ella siempre cumpliría.

Un coqueto apartamento en Montmartre, muy cerca del que ahora ocupa, fue el regalo que su amado padre la hizo como fin de los estudios. En él sintió recobrar la libertad de la que gozó en la Isla. No tendría el cálido Caribe ni la blanca arena de sus playas, a cambio París le prestaba el Sena, los parques y las adoquinadas calles de los tres barrios en los que se desarrollaría su vida de bohemia.

Nuevos recuerdos se agolpan en su mente. Aquel viaje a Arles en el que visitaron al pintor Vicent van Gogh, amigo de Camille. Visita que marcaría el devenir de Cira. El holandés de pelo rojo pintaba por aquel entonces su serie de Los Girasoles. Mientras daba algunas pinceladas observado por la jovencita a esta le llamó la atención el tono amarillo que daba a los girasoles, preguntando al pintor cómo lo conseguía. Aquel le rebeló el secreto: *El amarillo se lo había inspirado su propia casa, que pintada en ese color resaltaba con el sol del Mediterráneo.*

El holandés le cautivó y despertó su interés por la pintura. Entonces no podía imaginar que ella misma iba a ser una modelo muy disputada y qué, además, casaría con un pintor. ¡Cuánto la impresionó la muerte de Vicent! Este se suicidó dos años después de conocerlo, quitándose la vida de un tiro. Lamentablemente para él, sólo después de muerto fue reconocida la excelente obra *Los Girasoles*, recordaba Cira, quien pasados los años había tenido la ocasión de contemplarla dispersa por los mejores museos del mundo. Y algunos de ellos subastados en la reconocida Sala Sotheby's londinense.

¡Cuántos pintores más se dibujaban ahora en su memoria! ¡Ah! Modigliani, pintor, dibujante e incluso escultor italiano que viajando a Francia quedó atrapado por la bohemia parisina. Su *carissimo* Modi, a quien la vida golpeó con el suicidio de su embarazada amante, anulándole su capacidad de pensar. Causa que en plena juventud le provocó caer en una profunda depresión. Al

poco tiempo él mismo se echaría en brazos de la portadora de la guadaña, que lo llevó al mundo de los muertos. A Cira le consolaba recordar que tras la muerte sus obras obtuvieron un gran éxito.

Y siguiendo en ese recordar, será el español Picasso quien le viene a su mente. Cira esboza una fugaz sonrisa al recordar al mujeriego malagueño, perdidamente enamorado de ella, al que rechazó rotundamente. Sin embargo si fueron amigos. Un día en que el malagueño daba una pequeña fiesta reservada a los más íntimos, a la que también fue invitada Cira, aquel hizo con carboncillo un bosquejo de las facciones de la criolla caribeña, que aunque ella insistiera en que se lo regalase, él se negó en rotundo. Por aquellos años el malagueño, que estaba inmerso en su Etapa Azul, utilizó el bosquejo de las facciones de Cira en algunos de los cuadros de mujeres. Especialmente en el de la Planchadora.

¡Degas, Degas! [...] ¡Cómo le falla la memoria! Pero terca insiste en recordar, consiguiendo levantar el telón que cubre su remembranza. Aquel tenía una personalidad muy acusada y en la pintura su obsesión era reflejar el movimiento de los personajes en cuyos trazos había conseguido que las figuras fueran etéreas.

Cira tras el esfuerzo para traer al presente a su amigo Degas, que nunca quiso tenerla como modelo, [por más que ella se lo implorase] aparentemente rendida cae en una especie de éxtasis. Sería su fiel Marcelle, que desde la puerta acristalada del salón continuamente estaba pendiente de ella, percibió que la recaída de Cira era mayor que las de otros momentos. Con presteza le sirve el acostumbrado café con unas gotas de coñac, suficientes para sacarle del marasmo en que había caído. Tras beberlo sus fuerzas volvieron a acompañarla. Momento en que en la memoria, como si de una película se tratara, vuelve a su época dorada recordando a los pintores Renoir, Toulouse-Lautrec, y tantos otros, que conoció cuando estando ya en el ocaso de sus días seguían siendo artistas consagrados; por los cuales había sentido gran respeto y admiración. Con un cariño retrospectivo se recrea evocando su especial amistad con la sexagenaria Suzanne Valadon, una gran mujer y extraordinaria acróbata, profesión que dejó por causa de un malhadado accidente. Ejemplo de superación de sí misma fue modelo de pintores y de estos aprendió las técnicas de la pintura y a ella se

dedicó. Unido a la Valadon no puede por menos que tener presente al hijo de ésta, Maurice Utrillo, que, con gran acierto, siguió sus pasos en la pintura.

Por un instante en los labios de Cira se refleja una breve sonrisa. La causa es el arrogante y no menos extravagante Salvador Dalí y sus extraños bigotes, quien en sus excentricidades proclamaba que el surrealismo era él mismo. Su aparente comportamiento no impedía amar a Gala como la amaba; a ella, la musa que tanto le inspiraría en sus obras. A pesar de la extravagancia del gerundense, Cira le tenía un cierto respeto. Cariñosamente recuerda a la pareja cuando le invitaron a pasar unos días en el pueblecito de Cadaqués, en la provincia de Gerona. Tampoco olvida sus charlas con el polifacético bigotudo en cualquiera de los cafés que solían frecuentar en Montmartre. En una de ellas, en las que no se solía hablar abiertamente de política por existir un escrupuloso respeto por las ideas, Dalí se declaró anarquista monárquico. Lejos de provocar una acida discusión, consiguió que por varios minutos fuera objeto de chanza por los allí reunidos.

Visiones y recuerdos que nuevamente hacen derramar a los ojos de la centenaria furtivas lágrimas, que resbalan por los surcos que le marcan el rostro, sin que ella parezca percatarse. Y es que en esos instantes en su mente se dibuja la figura de Armand, el pintor al que tanto amó. Con él los días fueron de vino y rosas en las largas noches pasadas a caballo entre los barrios de Montmartre, Montparnasse o Saint Germain des Pres. Un ligero estremecimiento sacude su interior cuando revive los paseos al atardecer por las orillas del Sena entrelazados por la cintura. ¡Cuánto se amaban! Expresión que hace que exhale un profundo suspiro.

Ella sufría mucho por el carácter inestable y depresivo de aquel, desesperado porque sus exposiciones iban de fracaso en fracaso. Lo que tuvo sus consecuencia pues una de sus crisis le llevó al suicidio bajo los puentes del mismísimo Sena, dejando a Cira en la frontera de la locura. Lo que supuso que se apartase de todos los amigos para vivir su soledad. Decisión que fue respetada por aquellos. En tanto que sólo encontraba consuelo cuando frente al espejo se despojaba de su túnica y mientras en él se reflejaba el desnudo cuerpo febrilmente evocaba a su amado Armand hasta notar su cercanía y sentir los brazos de aquel

rodeándole por el talle. Mientras que se estremecía al sentir el calor de los labios del amado recorriendo su espalda. Ritual que en su desvarío repite día a día. Sentimientos rayando en la locura que inspiraron el poema que su autor había leído esa tarde. Sin embargo, un día un extraño llamó a su puerta y entre ellos surgió la pasión. Pronto sus caricias harían que olvidando al fantasma recobrarla la cordura.

Con Dominique, su nuevo amor, viviría años felices hasta que una incurable enfermedad se lo llevó de su lado. Viajero infatigable, juntos recorrieron diversos países en los cinco continentes. No sólo lo amaba, también le respetaba por su fuerte personalidad. Pero además le estaría siempre agradecida. Nunca olvidaría el que pasaran la luna de miel en su recordada Martinique. Que en la Isla volviera a sentirse como una isleña más vistiendo como los nativos y como cuando era niña correteara por las playas de blanca arena. O como en aquellos años, bucear y pescar en el mar. Ello con disgusto del temeroso Dominique. Cira se sintió muy importante cuando subieron a la cima del Mont Peleé y le explicaba a su esposo cómo unos años antes de que naciera, el volcán se enfadó y vomitó tanta lava que destruyó la ciudad de Saint Pierre. Visitar la tumba de su madre la llenó de tristeza, que después compensaría con el abrazo a sus familiares maternos. En la capital visitó la casona que la vio nacer, ahora convertida en oficina para una Compañía de Exportación.

Durante las noches de estancia en la Isla Cira, recordando a su madre, para cenar vestía ropas isleñas y se colocaba en su pelo azabache unas orquídeas o lilas. La última noche de la estancia en la Isla los familiares les organizaron una típica fiesta nativa en su honor. Que ella no había olvidado. Se sentía feliz. Es que realmente lo era. En los labios de Cira vuelve a marcarse un rictus de sonrisa y un brillo especial se refleja en los ojos. La mañana siguiente de la nocturna y alargada fiesta, aunque un poco agotados, volaban hacia México. Sería un viaje en el que mezclarían los negocios y el placer. Así que su luna de miel continuaría en el país Azteca. El viaje le depararía una sorpresiva anécdota. Dominique formaba parte de una sociedad con intereses económicos en la capital del Estado. A los negocios dedicaría los primeros días de su estancia, mientras Cira paseaba por la capital mexicana. En la enorme

explanada de la Plaza de la Constitución, en la que se alza la catedral y se venera la imagen de la Virgen de Guadalupe, La Patroncita para los fieles, quedó profundamente impresionada al ver tantos hombres, mujeres y niños, campesinos la mayoría, caminando de rodillas hasta el templo para pedirle favores o darle las gracias por los concedidos. Ella, que se declaraba agnóstica, se sobrecogió ante tal ejercicio de profunda religiosidad, no exente de algo de fanatismo.

Por las noches asistían a fiestas que los socios de Dominique daban en su honor y que la obligaban a prescindir de su informal modo de vestir. Ella comentaría a su marido que se sentía como una jovencita que es presentada en sociedad.

El tiempo que los negocios les dejó libres viajaron al Yucatán, viéndose cumplido en la enamorada Cira uno de los sueños de su época de estudiante en Paris. Quería visitar los templos y las tierras que marcaban la cultura del ancestral y milenario pueblo Maya, que tanto le fascinaba, sobre todo por el enigma de su desaparición, prácticamente sin dejar huella. También con profusión conocieron los vestigios de la cultura y vida Azteca, excelentemente reflejada por el muralista Diego Rivera en su obra el Mercado de Matecolco. Una mañana al salir del hotel Dominique le comenta que iban a llegarse a unos almacenes cercanos, explicándole por el camino que han de comprar ropa con la que ataviarse discretamente al estilo mexicano. La cantante de la voz rota, Chavela Vargas, daría esa noche una fiesta en su casa y habían sido los principales invitados. Cira le miró con cara de sorpresa. Y es que para ella su amado Dominique era eso, un pozo de sorpresas. Aquel al contemplar su cara no pudo menos que reírse abiertamente del gesto de ella.

Hoy, al recordarlo después de tantos años, Cira también sonríe y sus ojos muestran un brillo especial al recordar ese momento. Creyó que asistirían a una fiesta más de los socios, con tintes folklóricos mexicanos. Pero no, resultó que Dominique era gran amigo de la que iba a ser su anfitriona. A la que conoció cuando daba un recital en el Olimpia de Paris, al que Dominique fue especialmente invitado a su palco por el dueño del teatro. Tras su actuación, su amigo los presentó. Y con ella como pareja vivirían la noche parisina. Durante la nocturna velada hablaron de su lejano México. Al conocer Chavela que su acompañante viajaba con frecuencia a su País por

motivos de negocios, se interesó por ellos. Mientras que él por saber de la carrera musical de ella, a la que admiraba como cantante. Desde esa noche Dominique siempre que pudo la seguiría en los distintos conciertos que dio por Europa, especialmente cuando la mexicana visitó Madrid. Donde una vez más él, tras la actuación de Chabela, sería su compañero en los paseos turísticos por la capital. Y por la noche sellaron su amistad con una cena en Lucio y unos cocteles en Chicote.

Como es lógico cuando la cantante supo de su estancia en México no tardó en agasajarlo organizando una fiesta en su casa, invitando también a los amigos más íntimos entre actores, cantantes, literatos o pintores.

Qué lejos estaba Cira de imaginar que en la velada fuera a reencontrarse con los días de la parisina bohemia, pues para su sorpresa entre los invitados saludaría y departiría con Diego Rivera; para ella el más grande muralista de todos los tiempos. Al que había conocido durante la estancia de aquel en París en una de esas interminables noches de charlas en los cafés de Montparnasse, en las que el mexicano, un comunista acérrimo [más tarde fundaría el Partido Comunista en México] trataba de convencerles de su extremismo comunista, pero que desistió cuando los allí presente le hicieron saber de qué no se hablaba de política en los términos que él lo hacía.

Diego Rivera asistió acompañado de su esposa Frida Kahlo. Dominique había contado a Cira que Chabela estaba enamorada de la pintora. La Vargas al menos así lo afirmaba. La duda que le cabía a Dominique si ese amor era platónico o real.

Conocer en persona a la Kahlo, de la que admiraba su obra pictórica, que a ella le parecía la de una mujer atormentada, le dio ocasión de conocerla con más profundidad. Hasta entonces su obra le producía sentimientos contradictorios. Sin embargo a lo largo de la velada Frida haría un bosquejo de su obra. A través de sus palabras Cira comenzó a comprender mejor a la pintora cuando puso de manifiesto que sus experiencias vitales, el dolor físico y el emocional, era lo que intentaba reflejar en cada obra. La decadencia física de su cuerpo principalmente, fruto de una treintena de intervenciones quirúrgicas. El dolor hipersensible causado por las tormentosas relaciones con

Diego. Y por encima de todo su frustrada maternidad.

Cira ante las explicaciones y confidencias de la pintora, sentía que en su corazón iban acentuándose las simpatías por aquella mujer atormentada. A pesar de la lección de la Kahlo, le quedaba una duda y por ello le preguntó por qué realmente se retrataba así misma, cuando esa expresión de dolor y sentimientos podía reflejarlos en personajes imaginarios. Aquella le contestó: *Me retrato a mí misma porque paso mucho tiempo sola y porque soy el mejor motivo que conozco.*

Para disgusto de Cira tuvieron que interrumpir su charla ya que la anfitriona les pedía acercarse alrededor del piano pues iba a dedicarles algunas de las canciones de su extenso repertorio. ¡Cómo no, acompañada por mi compositor favorito y cantante, Don José Alfredo Jiménez!

Al estar todos reunidos en torno a la artista, Cira imaginó que se encontraba en el café Le Tabou, de Saint Germain, con sus amigos esperando oír cantar a su amada Juliette. Lo que le llevó a preguntarse: ¿Acaso el amor que ella sentía por la Grecó, no era semejante al que Chabela declaraba sentir por Frida?

La anfitriona al iniciar su informal concierto tuvo la gentileza de hacerlo dedicando la interpretación de dos de sus más hermosos boleros: *Piensa en mí* y *Nosotros* a la bella y exótica francesita que nos honra con su presencia, para la que cantaré en francés. Gesto que Cira agradeció con un deficiente español [Idioma que recientemente había comenzado a estudiar a petición de su marido]

El mexicano sol entrando por los grandes ventanales de la casa marcó la hora de la retirada para la pareja. De regreso al hotel Cira besó ardientemente a Dominique. Era su forma de agradecerle la inolvidable estancia en México que le había regalado. Y es que para ella aquel se había convertido en el eje sobre el que giraba su vida, su mundo. Con él se veía tan distinta, tan nueva, que por ello pronto olvidaría su vida de bohemia parisina y a sus amigos, aunque por unas horas en casa de la Vargas hubieran vuelto a su memoria. Ella, que junto a él se sentía pequeña, al perderle se juró que no habría otro.

Sus dos amores, primero Armand y después él, Dominique, le habían dado tanto, que un tercero ya no podría darle más. Aunque en esa decisión

suya hubiera otra causa. El miedo se había apoderado de ella ante la pronta desaparición de los dos. Era muy supersticiosa y llegó a pensar si la muerte de aquellos y la de tantos buenos amigos que había abandonado este mundo en la flor de sus vidas se debiese a su halo. Que fuera ella la que trajera la prematura muerte de quienes la amaron. Al fin y al cabo soy criolla, se decía, para justificar su creencia.

No obstante la muerte de Dominique no la deprimió. Porque con él aprendió a ser fuerte ante la adversidad. Y con esa fortaleza tomó una determinación: ¡Ya nunca más sería la amante del Amor. ¡Lo depositó en la tierra junto a su amado! Después de la muerte de Dominique regresó a París y recuperó a sus amigos de los años bohemios, que la acogieron con los brazos abiertos. Su cariño fue para ella hálito de vida que la mantenía viva. Cira, a la que la madurez había serenado su belleza, se vio inmersa en la vorágine de la singular vida social que aquellos seguían desarrollando. Una variada actividad cultural marcaba el día a día. Exposiciones de jóvenes valores y nuevas tendencias. Conferencias. Conciertos de recién nacidas generaciones en la música francesa.

Cira que parece tener fresca su memoria, revive el día que asistió con todos ellos al concierto de una joven promesa: Mireille Mathieu, a la que pronto pondrían el sobrenombre de Le Moineau D'Avignon, ¡Cómo le recordaba a su petite Piaf!

Por otra parte, las tertulias literarias, salvo por los años transcurrido, no eran distintas de aquellas en que todos ellos eran jóvenes utópicos. ¡Sin embargo qué distintas a las de sus tiempos! Los saraos tras la inauguración de alguna nueva sala de arte, en nada se parecían a los de otros tiempos. Ni las noches en las que disertaban más que charlar, comparando con los actuales los tiempos en que ellos estaban en plena juventud, sintiéndose invadidos de melancolía al recordar a los que ya no vivían. Entonces el silencio invadía la estancia. Momento en el que el anfitrión o anfitriona servía unas copas de coñac. La bebida en sus bocas les hacía chasquear la lengua, sonido con el que el salón dejaba de ser silencioso.

En otras reuniones las profundas charlas eran sustituidas por las partidas de cartas, en las que se consumía cantidad de alcohol y tabaco, sin que sus edades fueran un freno. Y es que nada había cambiado, sólo sus envejecidos y, en

algunos, decrepitos cuerpos, qué no el suyo, pensaba cada uno de ellos.

Cira levantó sus semicerrados parpado como para espantar los fantasmas de su dolor y miró al cielo. El sol se perdía por el horizonte y las farolas se mostraban a sus ojos con una luz mortecina, como si de luciérnagas se tratara. En las mesas de las terrazas algunas jóvenes parejas se entregaban al juego del amor sin pudor alguno. Y es que Montmartre seguía siendo Montmartre.

Entornados sus parpados, la mente de Cira volvió a entrar en la particular máquina del tiempo recordando a dos de sus grandes amigas: Edith Piaff y Juliette Grecó. Musas del Existencialismo, venido de la vecina Alemania, que París absorbió como propio y que con fuerza se vivía principalmente en Saint-Germain des Pres. Los llamados existencialistas eran hombres y mujeres de la cultura, las artes, la música. Curiosamente se distinguían vistiendo de negro. Sus lugares de reunión eran, por lo general, recónditos bares del barrio donde debatían sobre la corriente filosófica que mantenía que cada ser humano es responsable de sus actos. También la poesía y el amor tenían su parte filosófica. Un punto en común de dichas reuniones era que se fumaban ingentes cantidades de cigarrillos. Tanto que la atmosfera del salón quedaba convertida en una espesa nube de nicotina. Cira a pesar de los muchos años pasados mantiene que dicha corriente filosófica venida de Alemania pronto fue adoptada por la bohemia parisina afrancesándola. Entre tantos intelectuales que conoció, sólo llegaban a su memoria algunos y eso le apenaba, angustiaba.

Sin darse tregua alguna Cira se esfuerza en rememorar pasajes de su largo vivir, al conseguirlo pasaba de la angustia a una incipiente sonrisa. Como se la produjo el revivir a su íntimo amigo el polifacético y joven ingeniero Boris Vian ¡Como le admiraba y como se extasiaba oyéndole tocar jazz! Escritor, poeta y dramaturgo. Con su pluma fue un provocador en cuanto qué muchos de sus escritos tenían un contenido erótico/pornográfico. ¡Cuánto le quería y cuánto lloró su temprana muerte!

Un nuevo personaje le viene a la memoria: Jean Paul Sartre, unido sentimentalmente a su buena amiga, la también filósofa y escritora Simone de Beauvoir. De esta aprendió un nuevo concepto del feminismo en las largas charlas que ambas

mantuvieron. Su amistad permaneció intacta hasta el final de sus días. Y junto a la pareja, cómo no acordarse de su entrañable amigo y magnífico director de cine Jean Couteau. De quien mucho lloró su muerte, lágrimas que también derramaba por su amiga Edith Piaf, pues ambos morirían el mismo día.

Un personaje a tener presente, muy querido en la Francia de aquella época, fue el excelente Mimo, Marcel Marceau, sin duda el mejor de todos los tiempos, del que Cira revive la espléndida e interminable fiesta que organizó con motivo de haberle concedido el Gobierno Francés la condecoración de La Legión de Honor francesa.

Cuánto aprendió de todos ellos la mulatita venida de Le Martinique en aquellas tardes e interminables noches en el Café Rose Rouge, en el De Flore y Le Tabou. Todos ellos ubicados en Saint Germain de Pres. Como en un sueño, Cira oía la voz singular de Le Petite Mome, como llamaban a la incomparable Edith, cantando *La vie en rose*, *Milord* o su preferida: *Non, Je ne rien*.

De nuevo en su rostro se marcaba el dolor y la superchería que le hacía sentirse culpable. Y es que su gran amiga murió joven, Una cirrosis fue la causa. El alcohol, las drogas y otros excesos fueron minando su salud, convirtiéndose además en una adicta.

Cira amaba entrañablemente y más que a ningún otro amigo o amiga a Juliette Grecó. Tanto que se preguntaba si en ese amor no había algo lésbico. ¡Cuántas confidencias se habían hecho! El rostro de aquella la fascinaba tanto como su voz. Rostro que le recordaba a los de las vírgenes góticas. Aunque otros, posiblemente detractores, lo comparasen con un *decapité agneau*. Polifacética, llegó a actuar tanto en la escena como en conciertos de todo tipo. Muy admirada en Francia y también fuera de sus fronteras. ¡Cuántas fantásticas noches habían pasado escuchándola cantar en el Café Le Tabou, mientras su querido Armand la besaba con ardor!

En su mente tenía grabada la imagen de una Grecó resplandeciente pero siempre con un aire de melancolía. Vestida con pantalones de la época y sweater de cuello alto ceñido sobre el busto resaltando su figura. Naturalmente de color negro, la uniformidad del existencialismo, del que fue reconocida como su musa.

Todavía hoy Juliette daba conciertos. Hacía muy poco días ella misma había asistido al que muchos

suponían sería el último de la superviviente de los años existencialistas. La mayoría del público, morbosamente expectante, esperaba su aparición pensando encontrarse con una vieja decrepita y estrafalaria.

Cuando su maravillosa figura, estilizada y elegante, que nada tenía que ver con los años que soportaba, apareció sobre el escenario un ¡Oh! salió de la garganta del asombrado público que prorrumpió en un estruendoso aplauso.

Este último recuerdo dejó marcado en los labios de Cira un esbozo de sonrisa. En ese momento su espíritu volaba al Paraíso, donde sus dos grandes amores y tantísimos amigos la esperaban.



JOSÉ  
MANUEL  
GONZÁLEZ  
GONZÁLEZ

# RAMAS SEPARADAS

MARÍA JUDITH PARRA GÓMEZ

## 1. Fragmentos

El ruido de las botellas rompiéndose se había convertido en la banda sonora de su infancia.

Sergio el mayor de los cinco, aprendió desde niño que la violencia no necesitaba palabras para hacerse escuchar, a veces se sienta en la mesa como uno más.

Su padre con una mente brillante, pero siempre tambaleándose entre la rabia y el olvido, bebía hasta que su cuerpo le dijo basta.

Ahora con la casa en silencio y una última botella vacía sobre la mesa, Sergio sentía que había perdido una pieza fundamental de su rompecabezas, mientras fijaba su vista en ese pequeño sorbo de whisky barato que quedaba en la botella.

Miró la sombra de su padre proyectada en la pared, como un fantasma que se negaba a irse. La casa olía a alcohol rancio y a promesas rotas. Su madre, sentada en la silla del patio, esta vez sin tejer. Como si todo se hubiera acabado en ese instante.

Sergio apago la luz, se recostó en el sofá, cerro los ojos y sintió ese bajón existencial, a pesar del comportamiento de su padre, sabía que se había ido para siempre.

Lo que ignoraba, es que, a cientos de kilómetros, cuatro rostros desconocidos compartían el mismo dolor y vacío que el sentía en ese instante, sin imaginar que estaban ligados por la sangre.

A leguas de distancia, Isabella observaba la foto familiar en la pared, con sus padres adoptivos sonrientes y un silencio que dolía.

Por primera vez sentía que debía buscar la verdad detrás de su origen, aunque el miedo la paralizaba.

Vanessa decidió aprender un nuevo idioma, investigar sobre la cultura y viajar a ese país, esa casa. Sin saber que esa visita podría cambiarlo todo.

Anna, encontró una antigua acta de nacimiento que no encajaba con la versión oficial de su vida.

Lucas, caminaba despechado por las calles oscuras de la ciudad, su mente tan agitada como su paso. Sacando su ropa de las bolsas de basura para acomodarlas en el closet de su amigo encontró un antiguo sobre con su nombre.